

Conversaciones con Juan Bautista Ferro

Francisco Miró Quesada Cantuarias
Universidad Peruana Cayetano Heredia

Los méritos intelectuales de Juan Bautista Ferro son ampliamente conocidos. En actuaciones para honrar su memoria, en artículos de revistas e, incluso, de periódicos, se ha hecho justicia a su capacidad creadora, al rigor de su pensamiento y a su extraordinaria calidad de maestro. Pero hay un aspecto de su personalidad que merece también ser recordado: Juan Bautista era un conversador eximio. Tenía algo así como *carisma conversacional*. Sin embargo, poco se ha dicho sobre esta cualidad. Y creemos que su imagen no está completa si no presenta ese rasgo constitutivo de su ser.

Conocí a Juan Bautista Ferro en 1942. Fue mi alumno en el curso de lógica, que yo dictaba a la sazón en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de San Marcos. Tenía, ya, una cultura universal y sabía tanta o más filosofía que sus maestros. Desde la primera vez que hablé con él, me di cuenta de que no necesitaba asistir a mis clases, pues su nivel de conocimientos lógicos era mucho más alto que el de sus condiscípulos, y yo tenía que hacer un curso muy elemental debido a que los estudiantes que lo seguían no tenían ningún conocimiento previo del asunto.

Por eso, las primeras conversaciones que tuve con él, fueron de maestro a maestro y no de maestro a alumno, y así era considerado por los demás profesores de filosofía. Como las conversaciones se lleva el viento (salvo que se graben en un cassette, cosa que en aquella

época no existía, por lo menos en Lima), no puedo relatarlas al pie de la letra. Pero si bien he olvidado algunos detalles, el tema y los argumentos centrales se han grabado de manera indeleble en mi memoria. Porque conversar con él, era como si se discutiese en un congreso de filosofía o en un coloquio. Sólo que la reunión era entre dos personas.

Nuestras conversaciones eran siempre interesantes, no sólo por los temas abordados sino porque él y yo teníamos puntos de vista diametralmente opuestos. Algunas veces coincidíamos cuando se trataba de libros de epistemología o de lógica. Pero lo usual era la discusión. Creo que nuestras discrepancias se debían, en última instancia, a una diferencia radical de temperamentos. El era pesimista mientras que yo era, y sigo siendo, un incorregible optimista. Y estoy convencido de que la oposición optimista-pesimista conduce a discrepancias, no sólo teóricas sino también prácticas, mayores que cualquier otro tipo de actitud existencial. Debo, sin embargo, dejar en claro que cuando discutíamos, nunca elevábamos la voz. Si alguien nos hubiera escuchado habría creído que estábamos conversando. Y, desde cierto punto de vista, habría tenido razón. Porque siempre hablábamos de manera tranquila, sin ninguna agresividad. Por eso, en lugar de utilizar el término “discusión”, a secas, debería usar “discusión-conversación” o “conversación-discusión”. Mas, para evitar el término compuesto, utilizaremos, en lo que sigue, uno u otro de los componentes, sin mayores distinciones. Debido a su temperamento, Juan Bautista sólo se entusiasmaba raras veces. Pero había algo que lo llevaba al más vibrante entusiasmo: la filosofía moderna. Descartes, Pascal, Spinoza, Leibniz, Berkeley, Locke, Hume y Kant eran sus preferidos. Y, aunque no estoy seguro creo que, de todos ellos, su predilecto era Hume. El hecho de que Hume fuera un escéptico (y, en consecuencia, un pesimista), además de ser uno de los más grandes pensadores de la filosofía occidental, tal vez influyó en su elección. Pero ésta no es sino una hipótesis. Lo real es que todo lo que decía sobre ellos era iluminador y, además, instructivo pues remitía siempre a textos que yo no conocía.

Una de las primeras conversaciones que recuerdo, fue sobre Kant. Y sobre una de las partes más difíciles de la *Crítica de la razón pura*: la teoría de la imaginación en la constitución del conocimiento empírico. La plática no fue muy larga pues yo tenía que dictar clase y el tiempo nos vencía. A pesar de todo llegué algo tarde. Recuerdo nítidamen-

te que Juan Bautista conocía muy bien la teoría de la imaginación, tal como la expone Kant en su famosa obra. Pero no sólo dicha teoría: conocía las tres *Críticas* casi de memoria. Y, por supuesto, había leído y estudiado a fondo todos los textos kantianos.

No recuerdo bien cuáles ni cuántas conversaciones tuvimos después. Pero sí recuerdo muchas de ellas. Un día que entraba al Patio de Letras nos encontramos y comenzamos a hablar sobre Kant y Leibniz. En aquella época, yo prefería a Kant de lejos. Pero Juan Bautista me dijo que yo no era justo con Leibniz. La verdad es que yo conocía con cierta decencia la *Crítica de la razón pura*, pero no sabía casi nada sobre Leibniz. Su monadología me parecía tan absurda, que de sólo pensar en ella rechazaba su filosofía *in toto*. Pero Juan Bautista conocía a Leibniz mucho más que yo, y sacó a relucir una serie de argumentos que me impactaron. La conversación comenzó a eso del mediodía. Eran las dos de la tarde y seguíamos discutiendo. Porque Ferro no se cansaba nunca de conversar. Parecía no tener noción del tiempo.

Cuando fue nombrado profesor en la Facultad de Filosofía y Letras, nos veíamos con más frecuencia y nuestras conversaciones se alargaban cada vez más. Pronto descubrí que Juan Bautista se interesaba mucho por la política y tenía una información sorprendente. Sabía detalles de una serie de gobiernos y gobernantes que pocos conocían y hacía predicciones políticas notables. Un día, previendo lo que me iba a contestar, y para fastidiarlo un poco, le dije: “Oye, veo que sabes una barbaridad de política y que el tema te interesa mucho. ¿No crees que podrías tener un porvenir brillante en la política?” Su respuesta fue tajante: “De ninguna manera, la política está reñida con la profesión filosófica”. A pesar de lo cual, volvimos a conversar sobre política muchísimas veces. Siempre estaba increíblemente informado, y su pesimismo se reflejaba, corregido y aumentado, cuando se trataba de presidentes, de partidos políticos y de la ingobernabilidad del Perú.

Un día, salía yo de la vieja casona por la puerta de Derecho en el momento en que él entraba. Por supuesto, comenzamos a conversar. La conversación versó sobre el escepticismo. Recuerdo claramente que hablamos sobre Hume. Yo lo atacaba y él lo defendía. Juan Bautista, como hemos dicho, tenía predilección por la filosofía moderna y, en consecuencia, era un super-experto en la materia. Por supuesto, conocía a Hume mucho mejor que yo. Sostuve mi posición como pude y, después

de por lo menos dos horas o más, de polemizar, ambos hicimos concesiones. Creo que las suyas fueron más por cortesía que por convicción. Cuando nos separamos quedé más convencido que nunca de que Juan Bautista era un escéptico. Pienso que, en el fondo, tal vez porque era demasiado exigente con su propia razón, no creía ya que la razón pudiera fundamentar de manera sólida el conocimiento. Pero, a veces, variaba sus puntos de vista. Porque a Juan Bautista le encantaba discutir y, de cuando en cuando, atacaba o defendía algún tema por mor de la discusión. Pero, a favor o en contra, sus peroraciones eran siempre extraordinarias lecciones de filosofía.

Algunos días después de su grado de doctor, en que presentó su admirable y famosa tesis sobre la decidibilidad de las fórmulas monádicas de primer orden, nos encontramos, creo que en Miraflores, y comenzamos a hablar sobre la esencia de la lógica. Mi punto de vista era que la lógica no debía abarcar la teoría de los conjuntos. Pero él pensaba lo contrario. Para mí, en aquella época, la lógica debía ser absolutamente general, es decir, no debía contener entre sus temas, ninguna "materia". Ferro sostenía que una buena parte de la teoría de los conjuntos (hoy diríamos: la teoría clásica de los conjuntos) era tan general que, en esencia, no podía diferenciarse de la lógica. Le dije que la teoría de los conjuntos sólo podía considerarse como lógica cuando se limitaba a ser una teoría de los conjuntos booleanos. Mas él replicó que la lógica de segundo orden era, en el fondo, una teoría de los conjuntos pues, al cuantificar sobre los predicados, se está presuponiendo la existencia del universo de conjuntos. Mi posición hoy día ha cambiado, y considero que ninguno de los dos teníamos razón en aquella época. La conversación derivó, después, a la utilidad de la lógica para la filosofía. Yo creía que era muy útil, y él consideraba que su utilidad, aunque no insignificante, era más bien reducida. Dejo a los expertos la opinión sobre tan importante tema.

Algún tiempo después, nuestro diálogo versó sobre pedagogía. Juan Bautista se exhibió largamente sobre su método de enseñanza de la lógica y de la filosofía en general. Su principal interés era que el estudiante tuviera ideas claras y rigurosas. El rigor era, para él, fundamental. Tanto su enseñanza como sus publicaciones eran verdaderas gemas de rigor y de claridad. Recuerdo que fue una de las pocas veces en que no discutimos, pues su metodología pedagógica me pareció siempre inobjetable. Creo que en relación a los buenos profesores de filosofía

que, por aquella época, enseñaban en San Marcos, sus lecciones eran las más pedagógicas.

Otro de los puntos que tratamos fue la filosofía de Hegel. Fue en una época en que yo era totalmente opuesto a la dialéctica hegeliana (hoy ya no lo soy tanto). Juan Bautista, como siempre, tenía un conocimiento profundo del tema e hizo gala de una información amplísima sobre la filosofía hegeliana. En cambio, su opinión sobre Marx, sin despreciarlo, era menos entusiasta. A quienes no podría tragar era a los marxistas criollos, por considerar que ignoraban totalmente la filosofía de Hegel, sin la cual no era posible comprender bien a Marx.

Un tema muy de su agrado era la filosofía jurídica, que conocía al revés y al derecho. Cossio, García Maynez, Reale y muchos otros, le eran familiares y los criticaba sin piedad. Consideraba que sin tener un buen conocimiento de la dogmática jurídica, no se podía ser un buen profesor de filosofía del derecho. Le divertía mucho el portugués, que manejaba muy bien, así como otros idiomas, y me hacía reír a carcajadas cuando citaba, con mucho humor, frases de algunos civilistas brasileños importantes que leía con cuidado para aumentar sus conocimientos dogmático-jurídicos.

Estaba un día, no recuerdo exactamente la fecha, conversando con varios colegas en la Facultad de Filosofía y Letras, cuando recibimos algo que nos pareció un notición: ¡Juan Bautista se casa! No recuerdo si asistí o no al matrimonio. Me parece que estaba de viaje, pero no recuerdo dónde. Sea como fuere, era inevitable pensar en el regalo. Lo único que me pareció apropiado fue un libro. Pero ¿cuál? Juan Bautista tenía la mejor biblioteca filosófica del Perú. Tenía todos los libros escritos por los grandes pensadores. Y en relación a ciertos filósofos como Descartes, Hume, Berkeley, Locke y Kant tenía, no sólo todo lo escrito por ellos, sino una cantidad fabulosa de libros y folletos escritos sobre ellos. Estaba seguro de que un libro de lógica o de filosofía matemática, le agradaría. Pero regalar uno de los libros que integraban mi colección lógico-matemática habría sido peor que sacarme una muela sin anestesia. Sin embargo, se produjo un milagro. Unos quince días después de su matrimonio recibí un paquete que, con sólo verlo, supe que contenía un libro. Lo abrí y, ¡oh sorpresa!, era el primer tomo de los *Grundlagen der Mathematik* de Hilbert y Bernays. No regalo libros pero sí los presto, porque creo que no se puede y debe ser egoísta con el conocimiento (además, siempre devuelvo los que me prestan).

Alguna vez le había prestado a Juan Bautista el primer tomo de los *Grundlagen*. La obra es importantísima, pues, entre sus muchos méritos, uno de los más significativos es que, en ella, por primera vez se expone la lógica clásica de manera totalmente explícita, corrigiendo algunas omisiones de Frege en su *Begriffsschrift* e, incluso, de Russell y Whitehead en *Principia Mathematica*. Era el regalo ideal. Juan Bautista quedó conmovido y me llamó por teléfono para agradecerme.

La entropía, implacable, siguió aumentando y los años pasaban como días. Después de su matrimonio nos encontramos numerosas veces, en la universidad, en coloquios, en celebraciones de centenarios (Juan Bautista era un gran orador académico). Y nuestras conversaciones (o discusiones) se fueron haciendo cada vez más interesantes. Porque, como seguíamos estudiando, nuestra visión de la filosofía se iba haciendo cada vez más amplia y profunda y nuestras discrepancias adquirían mayores relieves.

Un tema sobre el que discutimos mucho, y siempre con apasionamiento (aunque contenido) era sobre la filosofía latinoamericana. Juan Bautista, con obvio pesimismo, no creía que en América Latina se pudiera hacer filosofía auténtica. Yo estaba convencido de que sí podía hacerse y que con el tiempo llegaríamos a tener una filosofía creadora. Mi argumento era *ad hominem*. Yo le decía: “la prueba de que hay, ya, filosofía auténtica en el Perú es tu propia obra”. A lo que él replicaba: “es que la lógica no es filosofía sino ciencia”. Y yo contrarreplicaba: “la lógica es filosofía, y es la prueba de que, en algunos campos, puede haber filosofía rigurosa”. Si hoy día América Latina tiene o no tiene una filosofía auténtica, es decir, pensadores capaces de hacer aportes creadores, es un tema que dejo, también, al criterio de los expertos.

La última vez que conversé con él, fue en el Jirón de la Unión, en la calle Belén. Yo bajaba hacia Juan Simón y él venía en dirección opuesta. En esta ocasión Juan Bautista sostuvo la tesis de que no era posible comprender la filosofía moderna sin tener en cuenta el horizonte teológico proveniente de la Edad Media, pero con un nuevo y típico matiz, que le confería carácter y sentido. Yo le dije que tenía razón, pero que tampoco se podía comprender sin considerar que había ido avanzando cada vez más hacia una visión del mundo independiente de la teología.

Ojos claros, rasgos regulares, tez sanguínea, voz de barítono, pensa-

miento que se elevaba hasta las cumbres del filosofar. Así era Juan Bautista Ferro, uno de los hombres más inteligentes que he conocido en mi vida.